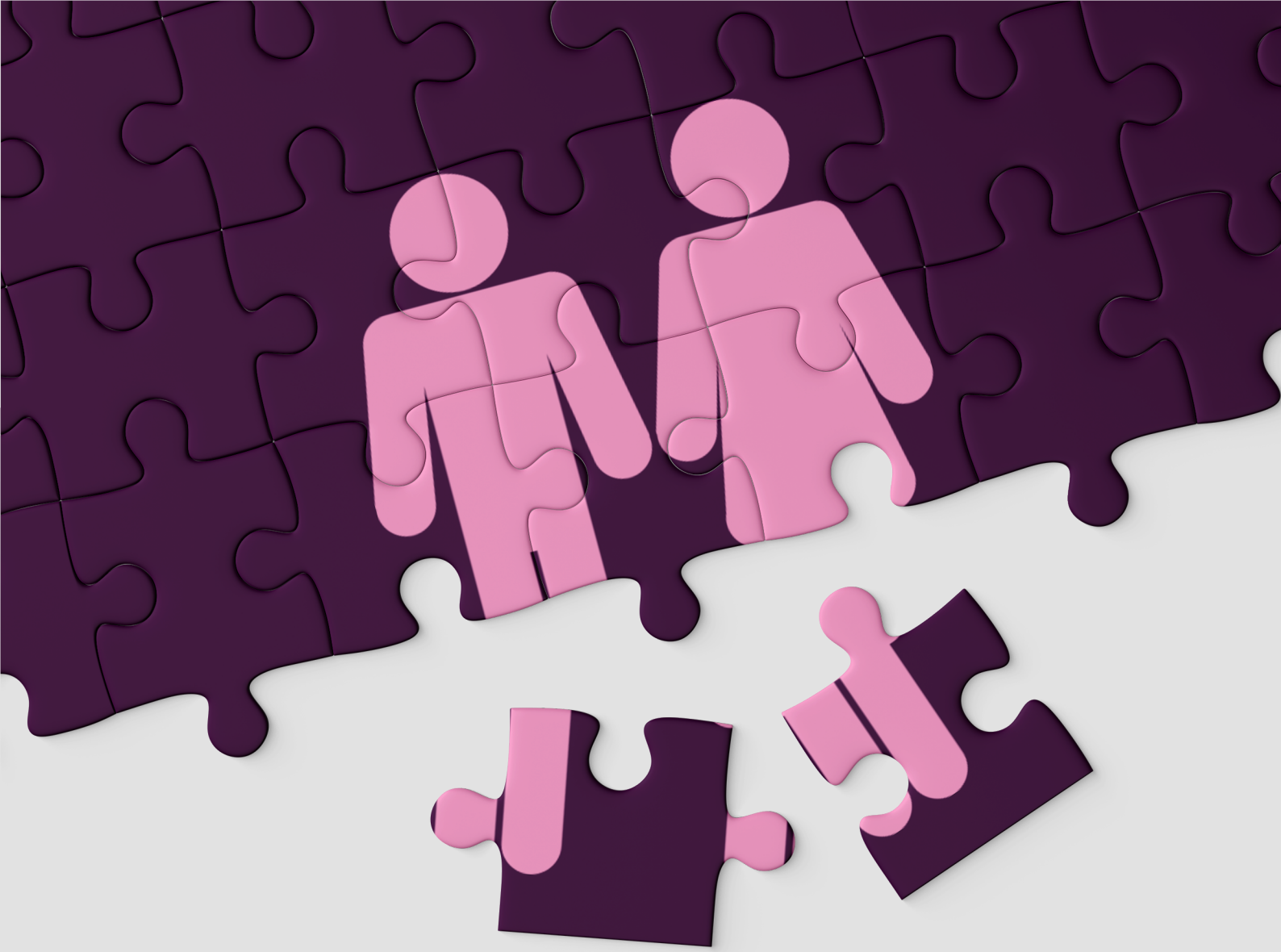


III

Trilogía

Desarmando narrativas antiderechos desde la biología y las ciencias.

El biologicismo acientífico en los movimientos anti-género

Akãhatã

Autora: **Dra. Lu Ciccia**

Dra. en Estudios de Género por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina.

Lic. en Biotecnología por la Universidad Nacional de Quilmes (UNQUI)

Lu Ciccia es Doctora en Estudios de Género por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina, y Licenciada en Biotecnología por la Universidad Nacional de Quilmes (UNQUI). Realizó dos años de investigación en el departamento de Fisiología del Sistema Nervioso de la Facultad de Medicina (UBA) como becaria doctoral del CONICET. Reorientó su trabajo hacia la Epistemología Feminista, finalizando el doctorado en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Su tesis se centró en el análisis crítico del discurso neurocientífico acerca de la diferencia sexual. Actualmente es investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios de Género CIEG-UNAM, en el área de Género en la Ciencia, la Tecnología y la Innovación. Es autora de los libros; “La invención de los sexos. Cómo la ciencia puso el binarismo en nuestros cerebros y cómo los feminismos pueden ayudarnos a salir de ahí”, publicado en el año 2022 por SIGLO XXI Editores; "Contra el sexo como categoría biológica. Cómo desmontar las premisas sexistas que limitan nuestra vida", publicado este año por la misma casa editorial.

Líneas de investigación son: salud mental, Neurociencias y la relación mente-cuerpo desde una Epistemología Transfeminista; Plasticidad, Epigenética y reinterpretación de las diferencias biológicas en el marco de las normativas de género

Correo: **lu_ciccia@cieg.unam.mx**

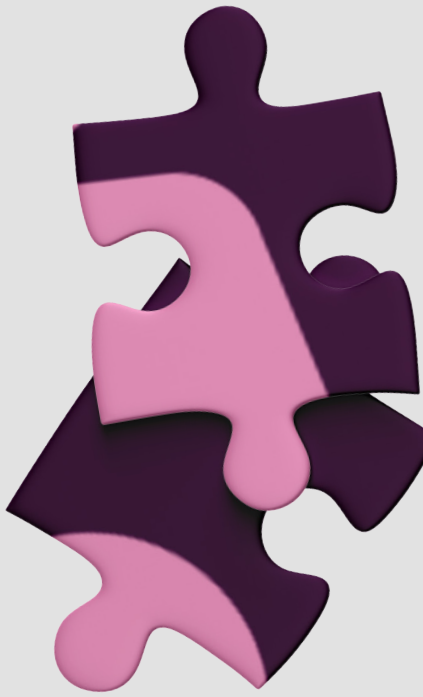
Coordinación: **Maria Luisa Peralta**

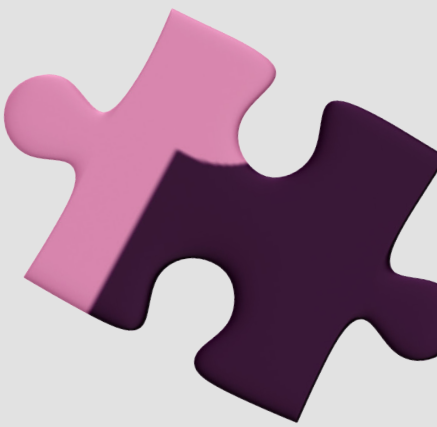
Diseño: **Jorge Palma**

2024 - Akãhatã

Publicado por Akãhatã - Equipo de Trabajo en Sexualidades y Géneros

Website: **www.akahataorg.org**





PRÓLOGO

«El sexo de un cuerpo es un asunto demasiado complejo.
No hay blanco o negro, sino grados de diferencia»
Anne Fausto Sterling

Un fantasma recorre el mundo, el fantasma del género...

Algunas personas sospechan que género es una manera de hablar de la desigualdad de las mujeres y simplemente asumen que género es equivalente a mujeres. Otros sospechan que es una manera velada de referirse a homosexualidad. Para otres es una forma diferente de hablar de sexo. Hay feminismos que se esfuerzan en su distinción, asociando el sexo con la biología y, el registro legal de nacimiento y al género con normas sociales y culturales asumidas en base al sexo. Hay un sinfin de debates de los movimientos activistas LGBTIQ+; feminismos y otras actoralidades políticas que no terminan de acordar un enfoque único para comprender y entender el género. Y tampoco el sexo.

El tema que aquí nos ocupa es justamente las argumentaciones que tanto desde los discursos anti-derechos, como desde los feminismos conservadores y trans-excluyentes disputan una y otra vez la legitimidad de las formas de vivir, existir y ser de muchas personas. Lo hacen desde premisas esencialistas sobre el sexo. Postulados que interpretan la biología como una verdad a priori; ahistórica y abstracta y no como una ciencia hecha por personas que son parte de una cultura y que se inscriben en determinados paradigmas

Desde Akãhatã compartimos la trilogía «Desarmando narrativas anti-derechos: una mirada desde la biología y las ciencias» A lo largo de cada una de las entregas, lxs autorxs desarman argumentos pseudocientíficos y esencialistas utilizados por sectores antiderechos y feminismos trans excluyentes. Consideramos que la tarea de incidencia política exige del acercamiento al conocimiento científico; y al proceso de construcción de los saberes que desde distintas disciplinas avalan o repudian determinadas políticas.
Especialmente porque los actores antiderechos, conservadores y de la ultraderecha apelan a un ataque sistemático contra el conocimiento científico y quienes lo producen, abonado con noticias falsas, tergiversaciones y una alarmante falta de rigor en sus argumentos y supuestas "contrapruebas". Nuestros movimientos LGBT, feministas y aliados tienen que mejorar sus conocimientos sobre estos temas y animarse a dar la discusión biológica desde un lugar informado, porque es la única manera de contrarrestar la proliferación de tergiversaciones y pseudociencia que propagan los sectores conservadores y antiderechos.

A partir de la reflexión filosófica Siobhan Guerrero Mc Manus plantea que la construcción del saber científico responde a los poderes políticos y económicos que hegemonizan cada contexto histórico y que han alimentado el esencialismo biologicista. Apelando a las ciencias médicas, Marina Elichiry discute sobre la construcción de un sentido común en el ámbito de la salud que administra el control sexual y social de los cuerpos y sus sujetxs. Por último, Lu Ciccia señala tres conflictos en la interpretación sobre el origen cerebral de la organización binaria del sexo.

Una coordenada atraviesa este trabajo: los discursos anti derechos instalan primero el pánico sexual sobre el género. Una forma de respuesta alarmista a la desestabilización que iniciaron los movimientos LGBT y feminismos queer entre los 90´s y las dos primeras décadas del milenio sobre el régimen colonial y racista que clasifica, normaliza, patologiza y criminaliza a las personas, sus cuerpos, familias, sexualidad y

vidas de acuerdo a un dogma basado en una idea determinista, reduccionista y esencialista de las ciencias, entre ellas de la biología.

Heredera del colonialismo racista, el uso de una biología obsoleta -que no responde al desarrollo actual de esa ciencia- como arma de justificación de una supuesta aristocracia natural, aparece velada o explícitamente en narrativas anti científicas que expresan la preocupación. Por otro lado de las derechas en relación a la amenaza a la masculinidad, la desaparición de la familia y los valores de occidente. A esto aportan los feminismos conservadores cuando esgrimen el argumento esencialista del borrado de los sexos para advertir sobre la pérdida de la categoría mujer como sujeto de lucha de feminismo.

Detrás del odio hay amenaza de pérdida, dice Sara Ahmed. Y esa frase resuena en las ofensivas que una y otra vez evocan y procuran institucionalizar símbolos, nociones y normativas que justifican mecanismos de poder que refuerzan políticas del régimen colonial, neoliberal que en su fuerza centrífuga expulsa hacia los márgenes todo lo que no se adhiera a su orden civilizatorio.

Akãhatã - Equipo de Trabajo en Sexualidades y Géneros
Diciembre, 2024

1 Introducción

2 Vida psicológica[1]

3 Interpretación biologicista en la era molecular

4 Los límites de lo biológico para explicar lo mental

5 Consideraciones Finales

1 INTRODUCCIÓN

Un común denominador de quienes se inscriben en los llamados movimientos anti-género es la asunción de que las posibilidades reproductivas fungen como un marco de referencia natural-inevitable a partir del cual clasificarnos. Esta idea recupera ciertas intuiciones del discurso médico-científico, desde el que suele naturalizarse una relación de identidad entre las posibilidades reproductivas y el binomio hombre-mujer mediante la asignación de género al nacer. Dicha naturalización descansa fundamentalmente en una interpretación biologicista de nuestra vida mental. Mi objetivo será mostrar las fallas de esta interpretación para dar cuenta del marco de referencia mencionado, es decir, de la existencia de hombres y mujeres -cisgénero-. En contraste, desarrollaré otras aproximaciones que escapan al orden de lo biológico para ceder terreno al ámbito de lo normativo. Mostraré que estas aproximaciones resultan más compatibles con los hallazgos en biología molecular que las lecturas biologicistas, científicamente infundadas.

2 VIDA PSICOLÓGICA[1]

Es común que las narrativas acerca de quiénes somos terminen por enfatizar lo qué hacemos. Pensemos cuando nos presentamos ante un grupo de personas: en la denominada ronda de presentación muchas veces comenzamos por hacer explícito nuestro lugar de enunciación -soy Lu, lesbiana no binaria- y continuamos por contar a lo que nos dedicamos en la vida o lo que nos gusta hacer. Es decir, solemos describir ciertas generalidades. Sin duda, nuestros lugares de enunciación y aquello que hacemos está implicado en nuestra subjetividad. Sin embargo, la subjetividad no se agota en lo describible y observable: dos personas podríamos enunciarnos de la misma manera, incluso dedicarnos a lo mismo, pero nadie supondría que por ello tenemos la misma subjetividad o, en otras palabras, nos vivamos de la misma manera.

Resulta intuitivo entonces suponer que lo que da cuenta de nuestras particularidades es cómo vivimos nuestros lugares de enunciación y cómo hacemos lo que hacemos. Y, por supuesto, en esos cómo también hay datos macroscópicos: desde la manera de vestir, hablar y gestualizar, hasta la forma de realizar cierta acción.

Es indudable que es especialmente en estos datos donde aparecen las singularidades de quien se enuncia y/o ejecuta cierta acción, y esas singularidades reflejan otras características, ya no tan tangibles, sino más bien metafísicas. Me refiero a que las singularidades suponen verbos implícitos: cómo sentimos, amamos, creemos y deseamos lo que somos/hacemos. Verbos que son parte de nuestra vida mental, y por eso se los caracteriza como verbos psicológicos (Pérez, 2013).

Dependerá de cómo entendamos la conexión entre nuestra experiencia física (que implica descripciones biológicas y acciones concretas) y los verbos psicológicos que la acompañan (los cómo), si estaremos ante interpretaciones biologicistas o no de nuestra vida mental. Este hecho no es un dato menor, puesto que en las próximas secciones quedará en evidencia que las lecturas biologicistas no son objetivas, sino que funcionan para legitimar que existan cuerpos que valgan más que otros.

[1] A los fines de este ensayo voy a considerar mente, vida psicológica, comportamiento, y conducta, como nociones intercambiables. Por subjetividad remitiré sencillamente a nuestra forma de vivirnos.

3 INTERPRETACIÓN BIOLOGICISTA EN LA ERA MOLECULAR

En general, por lecturas biologicistas solemos remitir a aquellas que sostienen que nuestras biologías condicionan nuestros comportamientos, sea en un sentido estricto -la biología determina-, sea en un sentido más laxo -la biología predispone-. Pero en la era molecular esta conceptualización es insuficiente: los fenómenos de plasticidad y epigenética, conceptos desarrollados para capturar la flexibilidad de nuestra biología, nos conducen a reformular qué entendemos por biologicismo.

Si la idea de plasticidad remite a cómo nuestras biologías cambian a través de nuestras prácticas y hábitos, la noción de epigenética refleja las maneras en las que estos cambios se producen. Específicamente, este término se refiere a la regulación de nuestros genes: una regulación sensible a nuestras conductas, y que supone que los genes que se expresan en nuestras células, y en qué medida lo hacen, no es un hecho programado prenatalmente. En contraste, las formas de regulación varían a lo largo de toda nuestra vida, se trata de procesos reversibles, y dialogan con nuestra experiencia social.

Por lo anterior, nadie en el ámbito científico hoy negaría que nuestra biología es dinámica. Sin embargo, las formas de interpretar este dinamismo han servido para actualizar en clave de plasticidad las lecturas biologicistas clásicas. Es decir, prevalece la idea de que existe una lógica causa-efecto entre biología y comportamiento: nuestra biología causaría estados psicológicos, sólo que ahora no se trata de una biología determinada de manera pre-social e irreversible, en cambio, también se considera que ciertas condiciones biológicas pueden ser adquiridas según nuestras prácticas sociales. En suma, en la era molecular podemos redefinir el biologicismo como la idea de que cierta característica biológica -sea innata sea adquirida- es suficiente para explicar la aparición de un dado comportamiento (Ciccia, 2022). De cierta manera, esta interpretación es abrazada incluso por las autoras que se inscriben en los nuevos materialismos (Frost, 2020; Pitts-Taylor, 2016).

La lógica causa-efecto mencionada supone necesariamente la existencia de leyes psicobiológicas estrictas (Davidson, 1979). Es decir, relaciones biunívocas entre biología y comportamiento o, lo que es igual, que una cierta configuración biológica siempre implique un dado estado psicológico, y viceversa. Así, por ejemplo, un tipo de posibilidad reproductiva siempre debe asociarse con determinada identidad de género, y una cierta identidad de género con una misma descripción biológica. Identidad que supone no sólo una clasificación en sí, sino una clasificación que describe ciertas formas de estar en el mundo y de hacer lo que hacemos. Es decir, las clasificaciones se basan en su poder para describir conexiones causales.

En efecto, son esas conexiones causales que la identidad implica sobre las que se respalda la asignación de género al nacer: si no hubiera interpretaciones causales y, por tanto, vulva y mujer se trataran de dos descripciones idénticas, desde el paradigma biologicista actual no habría motivos para sostener la categoría mujer, pues hubiera sido desplazada por la mera descripción biológica[2].

Lo anterior explica que, si hoy le preguntásemos a les científiques dedicades a estudiar la diferencia sexual dónde en nuestra biología está el ser mujer-ser hombre, les aseguro que nadie va a señalar la genitalidad externa. En cambio, lo que señalarán neuroendocrinologues del comportamiento prestigioses de la talla de Melissa Hines (2020) es el cerebro. Eso sí, para elles, la posibilidad reproductiva funge como predictora -la causa - de tipos cerebrales.

---

[2] Veremos que ello no es posible porque las mujeres cisgénero no son iguales entre sí, aunque tengan vulvas bastante similares en términos generales.

Lo anterior no es nada nuevo, esta respuesta la habríamos encontrado hasta en el propio Darwin. Lo que cambió es la explicación decimonónica respecto de la actual: si antes había una conexión ciega entre posibilidad reproductiva y cerebro, a mediados del siglo XX cierta teoría proveniente de la neuroendocrinología del comportamiento describió una conexión empírica mediada por la hormona testosterona; esta explicación se hizo omnipresente hasta nuestros días, y desde ella se legitima que las categorías mujer-hombre resultan del sexo cerebral (Ciccia, 2022).

El sexo cerebral no sólo causaría lo que desde la misma neuroendocrinología se reconoce como la identidad de género, sino una identidad intrínsecamente ligada con ciertas capacidades cognitivas-conductuales, e incluso afectivas. El sexo mujer representa habilidades natas para el cuidado, mientras que el sexo hombre para la capacidad de abstracción y el desarrollo de la fuerza física, mediada por impulsos mentales. Si nos fijamos, este discurso torna equivalentes identidad y ocupación: es decir, quiénes somos y qué hacemos estarían causalmente ligados. Asimismo, al definir atributos como agresividad y empatía, por ejemplo, el sexo cerebral implicaría en cierta medida cómo hacemos lo que hacemos. En perspectiva evolutiva es trivial que identidad y ocupación sean codependientes, pues el fin último de esta codependencia serían los roles en la reproducción: las clasificaciones en ciencias biológicas se centran en las formas de reproducción y las implicancias que dichas formas tendrían en el comportamiento.

Como antes describí, las categorías mujer-hombre no son desplazadas por meras descripciones biológicas, y la razón es porque no revelan comportamientos absolutamente homogéneos entre mujeres cisgénero, por un lado, y entre hombres cisgénero, por otro, ni mucho menos las maneras específicas en las que esos comportamientos se despliegan. Es decir, si bien se insiste en condicionantes prenatales, las acciones que se asocian al cómo soy mujer-cómo soy hombre no parecen seguir patrones instintivos de conducta. Pues, el instinto supone la misma forma de hacer entre los individuos de una especie, y es algo verdaderamente innato. Pongamos por caso la estrategia de caza de los sapos: todos los sapos cazan exactamente de la misma manera; tardan el mismo tiempo y su lengua tiene un mismo ángulo de caza. Es evidente que ningún sapo enseña matemática a otro, simplemente así lo hacen: lo instintivo no necesita aprendizaje, y en cierta forma tampoco memoria. Obvio, podría haber sapos que por distintos motivos muestren otros tiempos de caza, o saquen su lengua a un ángulo distinto, y por ello serán considerados excepciones de lo que son estos patrones instintivos de conducta.

En nuestra especie este tipo de generalizaciones no existe: que la mayoría de las personas con vulva sean mujeres, y la mayoría de las personas con pene sean hombres, no significa que lo sean de la misma manera. Por ejemplo, no existen dos mujeres que se vivan igual o caminen igual. Es decir que, más allá de esa clasificación en sí, lo que se hace y cómo se hace es ampliamente variable entre quienes se adscriben a un mismo grupo. La conducta más estrechamente asociada a las adscripciones mujer-hombre es la sexualidad -heterosexualidad-.

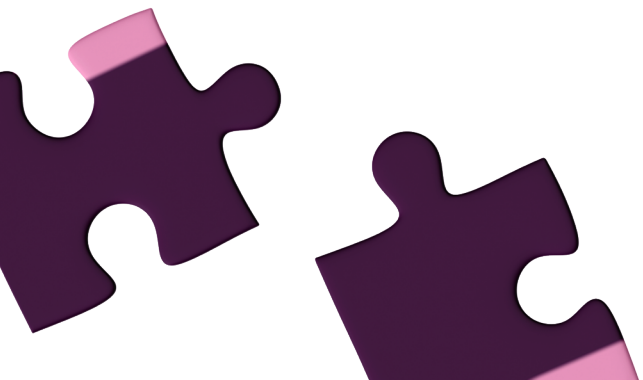
Tan está ligada a los cerebros la identidad y la sexualidad, que se considera que, por ejemplo, las mujeres trans tienen un cerebro feminizado. De la misma manera, las lesbianas cisgénero tendrían cierta masculinización cerebral, pero las butch tendrían una masculinización mayor que las fem.

Asimismo, y coherente con la codependencia, los gustos de todas ellas estarían ligadas a su sexo cerebral (por ello suele indagarse a qué jugaban de pequeñas). Algo muy impactante que se desprende de esta presunción es que el sexo cerebral explicaría los grados de feminidad-masculinidad en términos de un continuo que va de menores a mayores niveles de testosterona en el estadio prenatal, respectivamente (Ciccia, 2022).

Lo trans, lo no binario y la diversidad sexual se entienden como desvíos-excepciones de la feminización-masculinización cerebral según los procesos de diferenciación genital. Aunque, por lo ya dicho, no se trata de formas de existencia desviadas de cierto patrón instintivo de conducta.

Como sea, al igual que los problemas descritos para hacer generalizaciones sobre la identidad, más allá de la clasificación en sí, las generalidades para la sexualidad parecen seguir la misma dirección: que exista una relación estrecha entre mujer y sexualidad orientada hacia los hombres no supone que todas las heterosexuales tengan la misma forma de relacionarse sexual-afectivamente, o que hagan lo mismo y de la misma manera con sus sujetos de deseo. Sin embargo, bajo estas categorías el discurso neurocientífico suele considerar generalizables ciertas cosas que hacemos, y cómo las hacemos. Recordemos que el sentido de la clasificación es predecir conducta.

Es importante apuntar que las interpretaciones centradas en la idea de sexo cerebral suponen una idea individualista de nuestra vida mental: ciertas generalidades, como la adscripción a los grupos mujer-hombre y los patrones de comportamiento que le son asociados, parecen admitir explicaciones que son independientes de los contextos, transculturales.
En definitiva, aceptar que la biología causa ser mujer-hombre -heterosexual- conlleva asumir, en **primer lugar**, la idea del sexo cerebral y la codependencia inherente entre identidad y ciertas capacidades cognitivas-conductuales.



En **segundo lugar**, esta lectura biologicista conduce a sostener que tiene que existir una biología por persona para explicar las variaciones dentro de este patrón comportamental general sobre la identidad, la sexualidad, y las habilidades cognitivas-conductuales. En efecto, esto podría ser compatible con la idea de que los cerebros no son susceptibles de ser clasificados según dos poblaciones: nuestra gran plasticidad, especialmente en nuestros cerebros, nos previene de ello. Por esta razón se ha propuesto la hipótesis del cerebro mosaico (Joel et al 2020), desde la cual se sostiene que cada cerebro es una combinación única de factores. Así, una lectura biologicista compatible con la ausencia de conductas instintivas en nuestra especie y con los hallazgos moleculares que suponen variabilidad, plasticidad, y dinamismo, debe considerar que, si bien habría descripciones psicológicas/biológicas generales, sobre ellas deberían existir biologías únicas que expliquen la causa de la heterogeneidad individual en términos comportamentales.

En otras palabras, un biologicismo coherente con la era molecular debe sostener que la variabilidad cerebral causa la variabilidad comportamental. Así, la pregunta que nos ocupa para poner en entredicho las lecturas biologicistas en la era molecular es la siguiente: **¿es posible encontrar en nuestra materialidad biológica la causa de nuestra vida psicológica?**

4 LOS LÍMITES DE LO BIOLÓGICO PARA EXPLICAR LO MENTAL

La pregunta anterior será respondida a través de hacer explícitos al menos **tres de los conflictos** que deben superarse para sostener lecturas biologicistas en nuestras sociedades contemporáneas-moleculares:

Primer Conflicto

El primer conflicto es cómo sostener la idea de que existen leyes psicobiológicas estrictas en la era molecular. La relación causal entre biología y comportamiento se desarrolló desde la idea de biologías rígidas y determinadas[3]. Sobre la noción de flexibilidad biológica sostener la existencia de leyes psicobiológicas estrictas, algo necesario para legitimar lecturas biologicistas, requiere asumir que cada vez que cambia algo de mi biología deberá cambiar algo de mi vida mental: nuestra biología cambia de manera constante, y respecto de parámetros hoy considerados fundamentales para explicar la existencia de hombres-mujeres -cisgénero-, pero nuestros estados psicológicos no parecen variar a la par de estos cambios. Tomemos por caso los atletas de resistencia que, por su tipo de entrenamiento, hoy sabemos que suelen reducir sus niveles de testosterona hasta en un 50% (Hackney, 2020).

Este fenómeno se conoce como "hipogonadismo en atletas masculinos", y explica que existan solapamientos entre los niveles de testosterona de les atletas de élite que se dedican a este tipo de eventos. Ahora bien, ¿elles deberían "volverse gays" o "mujeres"? Incluso si aceptamos que estas nociones describen patrones generales programados prenatalmente vía cerebro, deberían observarse cambios psicológicos más particulares asociados con la variación de testosterona durante la vida adulta, como por ejemplo en la llamada libido sexual.

Si aceptamos que podemos describir tales variaciones en los niveles de testosterona de estos atletas, ¿con qué exactitud podemos traducirlas en variaciones de su libido sexual? Pues aquí nos basamos en preguntarle a las personas cómo se sienten en este sentido, no en descripciones que podamos hacer independientemente de sus percepciones. Como sea, estos atletas suelen afirmar que su libido no está alterada.

El punto señalado deja entrever que al menos para estos casos no hay leyes psicobiológicas estrictas: un estado biológico no tiene relación unívoca con un estado psicológico (como se pretende en la conocida idea de que baja testosterona ocasionaría baja libido sexual). Asimismo, también evidencia que el cómo ellos viven su deseo sexual es difícilmente traducible en términos de gradientes testo-céntricos.

[3] A los fines de este ensayo voy a considerar mente, vida psicológica, comportamiento, y conducta, como nociones intercambiables. Por subjetividad remitiré sencillamente a nuestra forma de vivirnos.

Segundo Conflicto

El segundo conflicto es cómo hoy desde las lecturas biologicistas se pueden establecer límites respecto de qué explica el sexo y, por tanto, es incluido en los patrones generales de conducta. Es decir, desde el saber científico se sostiene que la biología relativa al sexo causa de manera prenatal la identidad, la sexualidad, y ciertas capacidades cognitivas-afectivas y conductuales en términos generales, pero no da cuenta de otras conductas igualmente generales, incluso directamente vinculadas con los roles en la reproducción: ¿porqué el sexo explicaría el ser mujer, heterosexual, y empática, mientras no explicaría que ciertas mujeres decidan no reproducirse? Incluir esta conducta en la idea del sexo cerebral supondría considerar que quienes no quieren hoy ser madres son desvíos, y parece algo problemática esta aseveración, desde que no son siquiera excepcionales quienes deciden no serlo. Además, si desde el discurso científico se sostuviera una codependencia entre mujer y maternidad, quienes son infértiles no serían mujeres. Más bien, no dudaríamos en reconocer que existen factores socioculturales en este tipo de decisiones, y que la infertilidad no determina cómo una persona se identifica.

Lo que quiero evidenciar es que el punto de corte para decretar qué explica la biología según lo que llamamos sexo y qué no, para considerarlo como parte de la variabilidad que existe dentro de las personas de un mismo sexo, es arbitrario. En efecto, durante el siglo XIX el discurso científico sostuvo que el sexo mujer (cisgénero, blanco) sí estaba intrínsecamente ligado a ser madre (Ciccia, 2022).

El cambio en el discurso neurocientífico actual no se debió al hallazgo de que el sexo mujer no implica necesariamente maternar. En contraste, refleja cómo este discurso históricamente dialogó con los contextos en los cuales se articuló, contextos que han implicado cambios culturales consecuentes con ciertos derechos ganados por los movimientos feministas y de mujeres cisgénero blancas heterosexuales.

La codependencia que hoy continúa respecto de la posibilidad reproductiva y las capacidades cognitivas-conductuales mencionadas, que suponen el hecho mismo de ser mujer y la orientación sexual, no sigue una lógica substancialmente diferente a la anterior: estas conexiones no se sustentan en el hallazgo de relaciones causales entre cerebro e identidad-sexualidad-conducta (Ciccia, 2022), sino en la descripción de conexiones normativas (Pérez y Ciccia, 2019), y que suponen cómo deberíamos desarrollar nuestras creencias y deseos en relación al género asignado. Que la mayoría de las personas con vulva sean mujeres y la mayoría de las personas con pene sean hombres, no resulta de arreglos prenatales, de patrones instintivos de conducta, como nada en nuestra especie. En cambio, se trata de estas conexiones normativas mediadas por el lenguaje.

Los discursos que emanan de los movimientos anti-género pretenden restituir una serie de conexiones normativas que sobre la idea de sexo, y de raza, como categoría biológica prevalecían en el siglo XIX: la relación intrínseca entre la mujer cisgénero blanca heterosexual y la maternidad (ellas deben reproducirse para garantizar la identidad nacional y no dejarse influenciar por las feministas, que son las culpables de que estas mujeres se reproduzcan menos); la virilidad nata de la masculinidad cisgénero blanca, también erosionada por los feminismos; la superioridad racial blanca (los cuerpos racializados se reproducen más y amenazan la blanquitud de Estados Unidos y Europa, fenómenos llamados “genocidio blanco” y el gran reemplazo, respectivamente); la marginalización, patologización, o negación de la existencia de la comunidad LGTBQI+ (que pervierte los valores tradicionales de familia y reproducción).

Tercer Conflicto

El tercer conflicto potencia los dos anteriores, y es que tanto nuestras características particulares como aquellas categorías generales implican un conjunto de creencias: nuestros estados mentales no son individuales, sino que funcionan en red. Esto se ha caracterizado como lo holístico de lo mental (Davidson, 1981). Es decir, mi creencia sobre mi lugar de enunciación, si me siento o no con la libido baja, es simultánea con una red de creencias que, vía nuestro aprendizaje y memoria, da inteligibilidad a mi creencia actual sobre quién soy, qué hago y cómo me siento. Si incluso abandonásemos la idea de que lo biológico causa lo mental, pero insistiéramos en que al menos refleja nuestros estados psicológicos, desde que estos no son "simples" sino que están intrínsecamente conectados, debería haber una descripción biológica para esta red de creencias.

El problema es que las explicaciones biológicas que podríamos dar serán siempre finitas (basadas en ciertos patrones de activación neuronal, en un continuo de concentraciones de testosterona, etc.), y nuestra subjetividad no lo es: mis ideas, sentimientos y pensamientos no tienen límites físicos; los conceptos mentales rebasan por mucho nuestros conceptos biológicos. Esto supone una asimetría entre lo biológico y lo mental: si bien lo biológico habilita nuestra vida mental, no la determina (Davidson, 1981).

Las implicancias de esto son fundamentales, pues si cambia nuestra biología no necesariamente cambiarán nuestros estados mentales[4]. Algo que, en efecto, describe de manera más asertiva la libido normal de los atletas con hipogonadismo.
Con lo hasta acá revisado es fácil deducir que las actuales lecturas biologicistas dan continuidad a la naturalización de los privilegios de la masculinidad cisgénero blanca heterosexual, y no cuentan al día de hoy con ningún fundamento biológico.

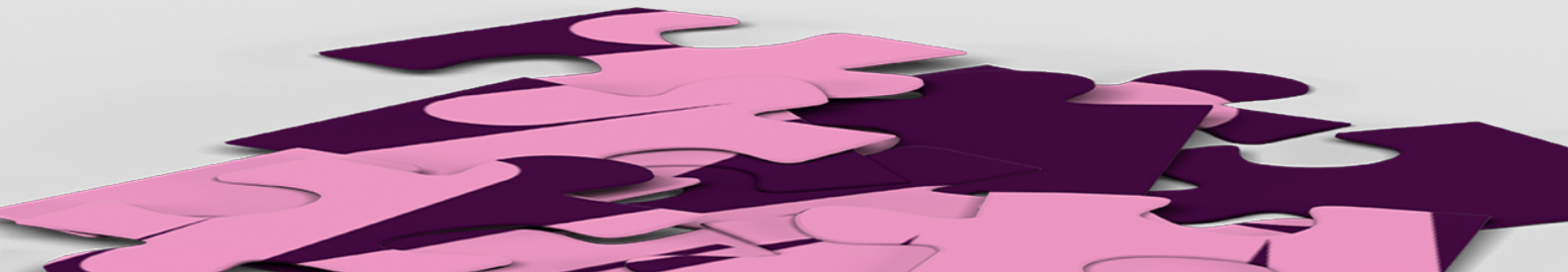
En contraste, con los conflictos descritos evidencié que entre nuestras biologías y nuestra vida mental no existen conexiones causales, y nuestra vida psicológica desborda los límites de lo biológico: ser mujer-ser hombre implica el entendimiento de ciertos conceptos -qué es mujer/qué es hombre-, el aprendizaje y la memoria de un conjunto de creencias, atravesados por nuestra experiencia singular, y la agencia para adscribirnos o des-adscribirnos a esos grupos. Implica, por tanto, ciertas competencias lingüísticas y capacidad simbólica, todo ello en contextos atravesados por la historia sociocultural de los conceptos y nuestras vivencias afectivas (Pérez, 2013).

[4] Pero si cambia lo mental necesariamente cambiará nuestra biología, algo fundamental para mantenernos fuera de dualismos cartesianos. No me detendré aquí en cómo nuestra vida psicológica se biomaterializa. Para lo que nos ocupa, me interesa mostrar que es más asertivo considerar, de acuerdo con nuestra propia experiencia y la plasticidad que nos caracteriza como especie, que cada vez que cambia lo biológico no cambia lo mental. Es decir, los actuales saberes en Biología Molecular demuestran que no existen leyes psicobiológicas estrictas.

5 CONSIDERACIONES FINALES

Nuestras descripciones físicas, que implican tanto nuestra propia materialidad biológica como aquellas acciones tangibles y concretas, suponen, al mismo tiempo, descripciones normativas, esto es, descripciones que están en el ámbito distintivo de lo mental (Davidson, 1981). Es decir, suponen conceptos y verbos psicológicos no traducibles a un lenguaje biológico. Es sobre todo en esas descripciones normativas donde encontramos la singularidad que nos caracteriza. Y es en nuestras singularidades donde más fácilmente vivenciamos la inexistencia de leyes psicobiológicas estrictas.

En cuanto a las categorías generales, mostré que el punto de corte que desde el saber científico se sostiene para delimitar qué de nuestra vida mental se debe al sexo y qué no, es completamente arbitrario, resulta de los sesgos implicados en legitimar la existencia de conexiones causales entre las posibilidades reproductivas y nuestras formas de estar en el mundo. Legitimación que prescribe quiénes podemos ser/hacer. El cerebro es necesario para tener mente, pero no suficiente: nuestra vida mental es fundamentalmente relacional, y cómo nos vivimos y queremos ser reconocides, nuestra subjetividad, nuestra agencia, lo que nos hace humanes, no se desprende causalmente de ningún dato biológico, sino de un lenguaje compartido que nos hace inteligibles, y que, en palabras de Pérez y Gomila (2022), da cuenta de la irreductibilidad de nuestra vida psicológica.



BIBLIOGRAFÍA

- Ciccia, L. (2022). La invención de los sexos. De cómo la ciencia puso el binarismo en nuestros cerebros y cómo los feminismos pueden ayudarnos a salir de ahí, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Davidson, D. (1981), Sucesos mentales, Ciudad de México, Crítica.
- Frost, S. (2020), "The Attentive Body: How the Indexicality of Epigenetic Process Enriches our Understanding Embodied Subjectivity", Body and Society, 26(4): 3-34.
- Goetz, J. (2022) 'The Great Replacement' – Reproduction and population policies of the far right, taking the Identitarians as an example. DiGeSt Journal of Diversity and Gender Studies, Vol. 8, 1.
- Hackney A.C. (2020), "Hypogonadism in Exercising Males: Dysfunction or Adaptive-Regulatory Adjustment?", Front Endocrinol, 11(11).
- Hines, M. (2020), "Neuroscience and Sex/Gender: Looking Back and Forward", Pe Journal of Neuroscience, 40(1): 37-43.
- Joel, D., García-Falgueras, A. y Swaab, D. (2020), "The Complex Relationships between Sex and the Brain", The Neuroscientist, 26(2): 156-169.
- Pérez, D. (2013). Sentir, desear, creer. Una aproximación filosófica a los conceptos psicológicos, Buenos Aires, Prometeo.
- Pérez, D. y Ciccia, L. (2019), "Natural Kinds, Normative Kinds, and Human Behavior", Filosofía Unisinos. Unisinos Journal of Philosophy, 20(3): 256-267
- Pérez D. y Gomila T. (2022) Social Cognition and the second person in Human Interaction. Routledge, London and New York.
- Pitts-Taylor, V. (2016), The Brain's Body: Neuroscience and Corporeal Politics, Durham, Duke University Press.